

Telecanallas

Víctor Pliego

ES impresionante el encanallamiento que demuestran las televisiones. Los amables reportajes de bodas finas y los documentales sobre la vida de los osos polares quedan relegados ante la creciente brutalidad de los programas de cotilleos. Hay toda una caterva de supuestos periodistas que viven de remover e inventar basuras relacionadas con ultrajes, malos tratos, escarnios, infidelidades, afrentas, mentiras, vanidades, drogas, ambiciones, infamias, estafas, humillaciones, acosos, oprobios, chantajes y vilezas mil. Hasta los concursos que se precian terminan con agrios insultos entre los participantes. Todo ello, a cualquier hora y en cualquier cadena, privada o local, para públicos de todas las edades.

¿Qué pensarán Emilio Lledó y su comité de sabios? Difícil lo tiene Pepe Navarro, genial adelantado de la tele canalla, que ahora retorna a las pantallas, para recuperar el liderazgo. De todas las bestias televisivas, Navarro me parecía el más honesto y directo buscador de mierda, sobre todo en comparación con otros bribones de la misma calaña que pretenden nadar sin mojarse la ropa, para conservar una imagen guay y correcta.

La televisión destila cada día más mala leche: no sólo en los programas y concursos que están especializados en las debilidades humanas, también en los telediarios. Las distancias entre las noticias y los chismes se acortan, porque muchos políticos y telecanallas emplean un discurso de análoga ruindad. Buscan captar audiencias o votantes apelando a los bajos instintos. Esos programas frívolos, antes graciosos y hoy rebosantes de bellaquería, ya me cabrean tanto como las noticias. ¿No se me nota? Deben tener mucho en común; más de lo que parece. Me lo dicen las tripas.